



Ángela Figuera Aymerich (Bilbao, 1902 – Madrid, 1984)

Poesía desarraigada de posguerra

"Nocturno"

iEstá tan bella la noche,
dulce de paz y silencio!...

iQué pena me da dejarla
con tanta luna en el cielo!...
Pero mi amante me espera
con la mitad de su lecho...

Me despedí de la luna
con un ademán ligero:
un polvo de plata fina
me relucía en los dedos.

Dentro, mi amante dormía:
me incliné sobre su sueño...
Con mis dedos enlunados
le acaricié los cabellos.

(*Mujer de barro*, 1948)

"Vieja"

Porque el collar de mis días
ya desgranó muchas cuentas,
por eso, sólo por eso,
decís que soy vieja... ¿Vieja?...

Aún los senderos del campo
son gozo para mis piernas.
Aún gusto del sol que abraza
y de la luna que sueña;

de nadar en las corrientes
y correr por las praderas
riendo bajo la lluvia
cuando estalla la tormenta...
Aún puedo llorar por nada
y canto sobre las penas...
Y en el hueco de mi mano
guardo una esperanza presa...
Decís, a pesar de todo,
decís que soy vieja... ¿Vieja?...
Mi carne morena aún tiene
sabores de primavera:
¿No veis los ojos en celo
de mi amante sobre ella?

(*Mujer de barro*, 1948)

"Lo maravilloso"

Siempre, cuando me despierto,
sonríe y pienso:
Hoy sucederá algo grande,
maravilloso, perfecto;
hoy se cumplirá sin duda
el más lindo de mis sueños...

Y luego... no pasa nada:
Yo trajino, salgo, entro...
—Sólo un día entre los días...
El mocito a su colegio;
el padre con sus afanes...
—Deberes, barullo, juegos;
costura, un libro, la radio;
una regañina, un beso;
bromas, parloteo; nada.—

Y, al cabo, cuando me acuesto,
después de besar al hijo,
con la cabeza en el pecho
de mi adorado, suspiro,

entre soñando y durmiendo:
Acaso es verdad...
Acaso lo maravilloso es esto.

(*Mujer de barro*, 1948)

"Romance del desdichado"

Río Duero, río Duero,
aquí te vuelvo a encontrar:
los juncos de tus orillas
en tus orillas están;
tus álamos y tus pinos
dicen el mismo cantar;
las mismas aguas los bañan
que los solían bañar:
Frescas como el hielo verde,
claritas otro que tal...

Río Duero, río Duero,
¡que a mí no me pasa igual...
Aunque te parezca el mismo,
es muy otro mi caudal:
Ayer, esperanzas locas;
hoy, penas que recordar;
ayer, amores y risas;
hoy, hieles para llorar.

(*Soria pura*, 1949)

"Culpa"

Si un niño agoniza, poco a poco, en silencio,
con el vientre abombado y la cara de greda.
Si un bello adolescente se suicida una noche
tan sólo porque el alma le pesa demasiado.
Si una madre maldice soplando las cenizas.
Si un soldado cansado se orina en una iglesia
a los pies de una Virgen degollada, sin Hijo.
Si un sabio halla la fórmula que aniquile de un golpe
dos millones de hombres del color elegido.
Si las hembras rehúyen el parir. Si los viejos
a hurtadillas codician a los guapos muchachos.
Si los lobos consiguen mantenerse robustos
consumiendo la sangre que la tierra no empapa.
Si la cárcel, si el miedo, si la tisis, si el hambre.
Es terrible, terrible. Pero yo, ¿qué he de hacerle?
Yo no tengo la culpa. Ni tú, amigo, tampoco.
Somos gente honrada. Hasta vamos a misa.
Trabajamos. Dormimos. Y así vamos tirando.
Además, ya es sabido. Dios dispone las cosas.
Y nos vamos al cine. O a tomar un tranvía.

(*El grito inútil*, 1952)

"Sólo ante el hombre"

Sí, yo me inclinaría
ante el definitivo contorno de los lirios,
Sí, yo me extasiaría
con el trino del pájaro.

Sí, yo dilataría
mis ojos ante el mar y la montaña.
Sí, yo suspendería
el soplo de mi pecho ante un arcángel.

Sí, yo me inclinaría
ante la faz de Dios, tocando el polvo,
si con su mano convocara el trueno.

Pero sólo ante el hombre, hijo del hombre,
reo de origen, ciego, maniatado,

los pies clavados y la espalda herida,
sucio de llanto y de sudor, impuro,
comiéndose, gastándose, pecando,
setenta veces siete cada día,
sólo ante el hombre me comprendo y mido
mi altura por su altura y reconozco
su sangre por mis venas y le entrego
mi vaso de esperanza, y le bendigo,
y junto a él me pongo y le acompaño.

(*Belleza cruel*, 1958)

"En tierra escribo"

Si, por amar la tierra, pierdo el cielo,
si no logro completa mi estatura
ni pongo el corazón a más altura
por no perder contacto con el suelo;

si no dejo a mis alas tomar vuelo
para escalar mi pozo de amargura
y olvido el resplandor de la hermosa
para vestir el luto de mi duelo,

es porque soy de tierra: en tierra escribo
y al hombre-tierra canto, que, cautivo
de su vivir-morir, se pudre y quema.

Mi reino es de este mundo. Mi poesía
toca la tierra y tierra será un día.

(*Toco la tierra*, 1962)

"El día que me muera"

El día que me muera
no quiero el llanto al uso ni las flores
cortadas al efecto ni los cirios
de lento gotear en los sufragios.
No quiero el luto inútil de las ropas
ni las miradas tristes ni el silencio
ni el ramo de laurel correspondiente.
No quiero que la vida se detenga
cual si algo extraño hubiera sucedido
y el mundo ya no fuera como antes.
El día que me muera
quiero que todo viva y continúe:
que broten flores en los mismos sitios,
que corra el agua por la misma acequia,
que los amantes trencen sus abrazos,
que nazca un niño en el portal de enfrente,
que mi vecino vaya a la oficina,
que los obreros entren en la fábrica,
que salgan a la mar los pescadores,
que las mujeres vuelvan de la compra
con un ramo de acelgas en los brazos;
que el labrador entierre su semilla
cuando amanezca el sol y el estudiante
cierre sus libros cuando el sol se ponga;
que se oigan las sirenas de los buques,
los golpes del martillo, los motores,
las voces de los niños en el patio,
los ruidos de la calle, los jilgueros.
Y quiero que, a la hora de costumbre,
los míos se reúnan a la mesa,
partan el pan y cambien la sonrisa.
Que mis amigos beban unos chatos
y escriban un poema por la noche.
No importa. Cada loco con su tema.

(*Toco la tierra*, 1962)